

9. La fundadora

Sembrando, se cosecha

 Después de tantas vicisitudes y sufrimientos, pero también de tantas gracias y bendiciones y hasta de un milagro verdadero y auténtico –ver bien y leer bien y caminar bien sin nervio óptico, ¿no es un milagro?–, Mercedes creyó conveniente hacer una visita a sus familiares de Córdoba, a los que hacía muchos años que no veía. Era el año 1887. El tren la estaba esperando.

Sin duda, habrá quedado un par de meses con sus familiares, con los que compartió los problemas y las dificultades de la ceguera, la bondad del Señor Lezica en acordarse de ella, la milagrosa agua de Lourdes, la novena, la promesa a la Virgen y la realidad de ser portadora de un milagro viviente: ver sin el nervio óptico.

Pero, en Córdoba, se sentía también en ascuas. La Virgen la llamaba y ella sentía la urgencia de cumplir la promesa. Apenas pudo desvincularse de sus

parientes, regresó a Buenos Aires e inmediatamente se preocupó de realizar su viejo anhelo de fundar una asociación dedicada al cuidado y a la asistencia de enfermos a domicilio, anhelo ratificado y corroborado por la promesa. La *Crónica* es elocuente: "Pensó en realizar su perenne anhelo, entregándose de lleno a buscar personas que, compartiéndolo, quisieran unírsele para consagrarse al cuidado de los enfermos a domicilio".

Dios acogió sus votos y la Señora Tránsito Peralta de Cortés y la Señorita Juana Miró se sintieron atraídas por la idea de formar una sociedad con finalidades tan caritativas y socialmente tan necesarias.

El capital de los pobres

Para toda obra se necesita dinero: lo sabemos todos. Pero, mientras los ricos van al banco y retiran los recursos necesarios, los pobres, como Don Bosco, Don Orión, San Maximiliano Kolbe, la Beata Madre Teresa y miles de otros Siervos de Dios levantan la mirada al cielo, porque su capital inagotable es la divina Providencia y su grifo es la fe.

Dicen las *Crónicas*: "Faltaban recursos para dar cima a tan noble como generoso pensamiento y esto parecía una dificultad insuperable. Sin embargo, llegaron los medios necesarios para la iniciación de la obra en la forma más inesperada.

"Un día regresaba Mercedes de la Misa a su casa. En la vereda encontró un quinto de billete de Lotería, lo recogió y mandó a la agencia a averiguar su

suerte. Se halló con un premio de cinco pesos. Sintiendo alentar una esperanza en su alma, mandó con el premio ganado a comprar un billete entero. El número resultó premiado con 10 MIL PESOS".

Mercedes consideró esos pesos como llovidos del cielo, como una caricia de la Providencia para animarla a avanzar en su iniciativa y para abrir pronto los cimientos de una excelente obra de caridad, destinada a prestar inapreciables servicios a la sociedad.

El patrocinio de San Francisco

Mujer inteligente y humilde, antes de avanzar, Mercedes comunicó su pensamiento y sus proyectos al Padre Abraham Argañaraz, su director espiritual y rector de la Venerable Orden Tercera de San Francisco en Buenos Aires. El Padre Argañaraz acogió la idea con mucha simpatía, prometió ayudarla y se interesó vivamente, para que la obra se llevara a cabo con la mayor prontitud.

Con los diez mil pesos de la Lotería y una casa que la Señorita Juana Miró puso a disposición de Mercedes, ya se podía iniciar la anhelada obra de caridad. Pero, ¿qué nombre se le daría? ¿Bajo qué protección o amparo ponerla?

Teniendo en cuenta que la iniciadora de la obra y las que empezaban a secundarla, eran Terciarias Franciscanas, era natural que se pusieran bajo el patrocinio de San Francisco. Así se bautizó la nueva fundación con el sugestivo título de *CONSERVATORIO CARIDAD DE SAN FRANCISCO*.

Además, ¿por qué le dieron el título de "Conservatorio"? "Por que ellas deseaban conservarse en caridad fraternal hasta la muerte y a través de toda clase de sacrificios".

El Padre Argañaraz no sólo fue asesor y consejero, sino también promotor. Desde el púlpito, dirigió su autorizada palabra a la sociedad de Buenos Aires, dando a conocer la nueva obra e invitando a la gente a colaborar. Sus palabras hallaron un eco penetrante en muchos corazones. Varias señoras piadosas, convencidas del incalculable bien social que prometía la flamante fundación, se presentaron ante la Fundadora y ante el Padre Argañaraz manifestando sus deseos de formar parte de la nueva Asociación. Algunas de esas señoras tenían algunos bienes de fortuna, que, en un renunciamiento ejemplar, pusieron al servicio de la Asociación.

Así, ese granito de mostaza, como la semilla bíblica, anduvo creciendo poco a poco echando ramas y dando frutos.

La primera vocación

En toda fundación se destaca un protagonista, pero no son menos necesarios los colaboradores, como en un ejército, aunque se destaque el capitán, no son menos necesarios los soldados. Conviene, pues, que conozcamos la primera vocación que adhirió a la obra de Mercedes, según el relato de las *Crónicas*:

"La niña Paula Tello, al entrar una íntima amiga en el convento, sintió también ella el divino llama-

miento, pero no sabía aún en qué congregación debía hacerlo... Estando en vísperas de decidirse por las Dominicas, un día se encontró en la calle con la Señora Mercedes, amiga de la familia de Paula. Después de saludarse, le dijo Paula:

—¿No sabe, Doña Mercedes, que entro al convento?

—¿Y ¿a dónde vas a entrar?

—Con las Dominicas.

—Mira, Paulita: no entres con las Dominicas. Yo estoy por fundar un convento. Vente conmigo: serás mi compañera".

"La Paulita se entusiasmó, rompió con el compromiso que tenía con esas Hermanas, dejó la casa de su madrina que se disgustó muchísimo y comenzó aquella vida andariega que duró dos años. Su padre, al saber la determinación de su hija, montó en furia, le quitó la dote y cuanto le había dado para que fuera religiosa entre las Dominicas y la abandonó desentendiéndose por completo de ella. La pobre niña bien podía repetir la frase de San Francisco: "Desde hoy, podré decir a boca llena: ¡Padre nuestro, que estás en los cielos!".

"¿Qué hará la pobre niña abandonada y sin recursos? Tanto ella como la Señora Mercedes, con los ojos puestos en la divina Providencia y llenas de fe y esperanza en Dios, tomaron costura de afuera; y ésa era su única subsistencia. Una morena, llamada Josefa Mercado, quedaba en compañía de la niña Paula, mientras Mercedes salía a cuidar enfermos. La casa

donde vivían era muy pobre. Alquilaban algunas piezas a gente muy humilde; y ellas estaban reducidas a una sola pieza.

“En esa casa permanecieron dos años, durante el tiempo que hacían las diligencias para la fundación. Después, una piadosa Señora, Juana Miró, les ofreció una casa, pero era sumamente arruinada y sólo habitada por mujeres lavanderas. La Señora Miró se comprometió a arreglarla lo mejor posible para que se trasladaran allí, mientras se conseguían los permisos del Señor Arzobispo, que sufrieron grandes obstáculos”. Esa modestísima vivienda, situada en calle Europa N° 66 (hoy Carlos Calvo), fue la cuna del Instituto de las Hermanas Terciarias Franciscanas de la Caridad.

Esa caritativa Asociación, urgida por las angustias y necesidades de la gente, no se limitaba al cuidado de los enfermos, sino que les brindaban múltiples socorros en ropa, víveres o ayuda escolar...

Esos rasgos de exquisita caridad les conquistaron las simpatías de la gente y, como lógica consecuencia, no faltaron personas piadosas que solicitaron el ingreso en tan benéfica Hermandad”.

Bibliografía:

Lescarret, p. 3...; Manuscrito Memoria: p.7... Córdoba, p. 46...; Castro, p. 223...

10. Repulsas y desaires

Repulsas y desaires

 La fundación nacía como una Asociación piadosa. Eran, pues, necesarias la autorización y la bendición del Señor Arzobispo, Dr. Federico Aneiros.

Por esos mismos años, el Señor Arzobispo había aprobado con mucha benevolencia la Congregación de las Hermanas Pobres de San José, fundadas por la Madre Camila Rolón, porque la conocía bien. En cambio, con Mercedes y Paula se mostró bastante rudo y nos parece que las pruebas fueron un tanto exageradas, aunque al final se mostró muy benévolo y concedió todo.

Como buenos periodistas, entremos también nosotros en puntas de pie en el arzobispado detrás de Mercedes y Paula, captando las peripecias que sufrieron las pobres Señoras:

“La Señora Mercedes era demasiado anciana y sin recursos, para emprender una fundación. La niña Paula era demasiado joven y, como era delgadita, el Señor Arzobispo creía que estuviera enferma y les habló

de esta forma: 'Ud., Señora, es una persona sin atractivos de ninguna clase: pobre, vieja y enferma y más bien está para ser cuidada que para cuidar enfermos. Esta niña tísiquita, lo que hace es perder su tiempo en vez de irse adonde está recibida, o sea, entre las Dominicanas, que no tienen la misión de cuidar enfermos; esto es, allí puede resistir. Así que pueden retirarse no más, sin esperanzas que se les pueda conceder ningún permiso, porque no hallo un personal que me satisfaga'.

"Las despidió con estas palabras, para que no volvieran más a molestarlo. Ambas pidieron la bendición y salieron llorando amargamente, mientras la Señora Mercedes decía a su Paulita que no se desanimara y no fuera tonta. Aquí se podrían repetir las palabras de nuestro adorable Salvador a la samaritana: "¡Oh mujer, grande es tu fe!". Es que lo que es imposible a los hombres, es posible a Dios. ¡Oh prudencia humana, que no alcanza a comprender los secretos insondables de la sabiduría de Dios!"

Ignoraba el Señor Arzobispo que de aquel tronco viejo y carcomido y de aquella ramita tierna que se había injertado en él, debería con el celestial rocío robustecerse, echar profundas raíces y extender sus ramas por toda la República del Plata, y cobijar bajo su sombra benéfica a tantas almas de elección, que con el tiempo vendrían también del extranjero a anidar bajo su sombra y extender la gran familia seráfica.

Nuevos intentos

A los quince días, volvieron al arzobispado, donde fueron rechazadas, sin quererlas recibir. Entonces,

la Señora Mercedes empezó una novena al Seráfico Padre y fueron a ver al Padre Argañaraz, quien las dirigía en los primeros pasos de la fundación. El Padre fue a hablar con el Señor Arzobispo y salió desconsolado, porque le dijo que no había esperanza ninguna, porque el personal no le satisfacía, y que era mejor que dejaran de ocuparse en eso, porque iban a dar fiasco.

¡Oh paciencia invicta! A pesar de tanta repulsa, volvieron por la tercera vez. No las recibió el Arzobispo, sino una de sus hermanas, Olaya Aneiros, a quien suplicaron que hiciera lo posible para que su hermano les concediera audiencia. La Señora contestó que esa tarde era imposible, y que volvieresen al otro día, porque a la mañana las haría entrar.

Volvieron al día siguiente; y el Arzobispo les contestó que ya les había dicho que perdieran la esperanza, que así no más no se hacían fundaciones, que para eso había que pensar mucho, y que no volvieresen más. Las pobrecitas salieron desconsoladas.

Dejaron pasar otros veinte días más, hicieron un triduo al Patriarca San José y volvieron el 19, día del Santo, donde fueron recibidas por el Señor Arzobispo. Entraron, pidieron la bendición; y ¡cómo les latiría el corazón esperando la sentencia de vida o muerte, donde se esfumaría como humo el plan de sus hermosas ilusiones!

El Prelado les preguntó con qué objeto querían hacer la fundación. Ellas contestaron que era una promesa que la Señora Mercedes había hecho a la Santísima Virgen de Lourdes: que si le devolvía la vista, le había prometido acabar su vida en la asisten-

cia a los enfermos. El Señor Arzobispo les replicó que ése no era motivo para fundar; sin embargo, **concedió el permiso** con la condición de buscar un número de Señoras, con quienes pudiesen contar para alquilar una casa y al mismo tiempo, para que no les faltasen recursos para vivir. Ellas, muy consoladas, fueron a buscar entre las personas conocidas...

Entre desabrimientos y delirios

"Mercedes y Paula no perdieron tiempo y enseguida se pusieron en camino, para recoger firmas de las personas que podrían colaborar con la nueva fundación, superando toda dificultad... Una vida de tan riguroso sacrificio debía poseer el sobrenatural temple de los espíritus que Dios quiere forjar en el yunque de la contradicción y del sacrificio y purificar en el crisol de la prueba.

"Mientras iban recogiendo firmas, comenzaron otra novena, pidiendo a Dios, por la intercesión de San Francisco, que ablandase el corazón del Prelado y de las personas caritativas que serían los primeros bienhechores. ¡Oh, que sean ellos escritos en el Libro de la vida!

"Terminada la novena, se fueron con la lista de las personas que habían dado su firma al Palacio Arzobispal; pero, el portero, prevenido por Monseñor, les negó rotundamente la entrada. Ya se volvían desconsoladas, aunque ideando nuevos medios para conseguir la audiencia, cuando las encontró un sacerdote, amigo de la causa de la fundación, quien las llevó a la presencia de las hermanas del Señor Arzobispo, quienes se

mostraron muy favorables. Doña Olaya, hermana mayor del Prelado y que gozaba de mucho ascendiente ante él, fue a solicitar audiencia para las pretendientes; pero éste le puso una cara tan fulminante, que la hizo salir más pronto que corriendo, llevando la triste noticia a las que la esperaban como salvación... Paula ya no pudo contener su angustia y se puso a llorar como una Magdalena, y la animosa Mercedes se sentía desfallecer. Doña Olaya les aseguró que conseguirían audiencia... Efectivamente, después de una o dos horas, fueron llamadas a la deseada audiencia.

"El rostro del Señor Arzobispo estaba tan desabrido como en las veces anteriores y con el mismo desabrimiento comenzó a interrogarlas y a reñirlas, mandándoles por último que recogieran las firmas. Ellas le mostraron la lista de las firmas y así tuvieron el placer de satisfacerlo y de vislumbrar un rayo de esperanza.

"Al salir del Palacio, fueron a comunicar el resultado al Padre Argañaraz, el cual se presentó al Palacio. El Arzobispo hizo comparecer a los dueños de las firmas e hizo que se obligaran a cumplir el compromiso contraído, con lo cual quedó satisfecho. No obstante, quiso probar un poco más a esas dos almas, como el oro en el crisol. Las llamó y las trató tan duramente, mandándoles que se alimentaran, para que se les quitara el delirio de la fundación. ¡Oh, si estas pobrecitas no hubieran contado con el favor divino, hubieran desistido!... Cuando todo parecía perdido, el Corazón divino, que manda a los vientos y a la tempestad y que parecía dormido y no oía el clamor de sus humildes siervas, se despertó de pronto haciendo brillar a sus ojos el arco iris de la paz.

“El corazón del santo Prelado no pudo más –más tarde confesó que quería probarlas, para ver hasta donde llegaba su constancia y virtud...– Las mandó llamar y ellas corrieron al Palacio con más ansiedad que un sediento a la fuente de agua cristalina. El Señor Arzobispo las recibió con la mayor dulzura que cabía en su natural adusto.

“Les dio satisfacción por la conducta que había observado en ellas, encomió su obra y las exhortó a proseguir diciendo que conocía claramente que era obra de Dios. Él mismo se suscribió entre los bienhechores, diciendo que sería su protector. Inmediatamente expidió una pastoral proclamando y ensalzando el nuevo Instituto y exhortando a los fieles a que les fueran propicios”.

Esa Pastoral fue leída por el Dr. Antonio Mariano Espinosa, cura párroco de Santa Lucía y futuro Metropolitano, en la iglesia de San Roque, durante las Cuarenta Horas.

La iglesia de San Roque era la sede central de la Tercera Orden Franciscana. Justamente en esa iglesia, que tantas reminiscencias producía en el espíritu de Mercedes, recordaba la querida capilla de San Roque de Córdoba. Además, la lectura de la Pastoral se hace durante las Cuarenta Horas, admirable muestra del Amor divino presente en medio de los hombres. Era el 18 de agosto de 1879, un par de días después de la festividad de San Roque.

Bibliografía:

Manuscrito Memoria: p 10...; Castro, p. 229...



Virgen Niña de la Madre Mercedes Guerra, talla de vestir Española del siglo XVIII; está sentada en una silla trenzada en rafia por la Madre y está calzada con sandalias de plata, se encuentra en el museo “Mi Cuna”.